

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESUMEN.

Sección doctrinal: El génio y su explicación. III.—Estudio sobre la naturaleza de Cristo.—Nuestro sistema planetario: VI. La tierra y la luna I.—*Conversaciones familiares de ultra-tumba*: Mad. de Staél.—*Disertaciones espiritistas*: Bases de la fe y de la esperanza.—Definición y utilidad de la oración.—Objeto y forma de la oración.—El progreso de los mundos, (conclusion.)—*Miscelánea*.—El Espiritismo en Valencia.—Ligereza en los juicios.—Fenómeno notable.—El Semanario Católico.—Filosofía y Religión.—Dos nuevas publicaciones.—Avisos interesantes

SECCION DOCTRINAL.

EL GÉNIO Y SU EXPLICACION.

III.

En nuestro anterior artículo vimos, aunque someramente, el concepto que merece el génio á la escuela materialista. Su explicación acerca de este capital asunto, puede resumirse en estas breves y desconsoladoras frases: el génio es una enfermedad, la demencia, ó un resultado de la agregación fortuita de las moléculas cerebrales. También expusimos en el ya citado artículo las consideraciones que nos parecieron oportunas, y los motivos poderosos, en concepto nuestro, que existían para no admitir como racional y satisfactoria esa hipótesis de la llamada ciencia materialista.

Tócanos hoy examinar otra de las hipótesis sobre el particular emitidas, cual es la explicación que nos ofrece del génio el Catolicismo romano, esa religión que, titulándose universal, todo quiere reducirlo á los estrechos límites de la ciudad de Roma, y que no vacila en asegurar á cada momento que ella es la única que responde dignamente á los fundamentales principios de la doctrina de Cristo. Cuestión es ésta que no nos toca ventilar en este instante y en este lugar, por cuya razón prescindimos de emitir las numerosas consideraciones que nos surgieren las intransigentes y exclusivas afirmaciones del Catolicismo romano. Hemos de ocuparnos de su hipótesis sobre el génio, y esto, y no otra cosa, vamos á hacer. De aquellas exageradas pretesusiones se han ocupado magistralmente otros, demostrando que son de todo punto inadmisibles é infundadas, y ya las abordaremos nosotros también, cuando para hacerlo se nos presente ocasión propicia, que no suele dejar de ofrecerse.

Para los católicos de Roma el génio, ese supremo desenvolvimiento de las facultades mentales, en cuya virtud, con sobrada justicia y sin violencias, se atribuyen ciertos hombres la sublime y difícil misión de dirigir la ciencia, el arte y aún toda la humana vida en sus múltiples manifestaciones; el génio para los católicos de

Roma es un privilegio que Dios concede á ciertas y determinadas personas, una merced, una largueza del Omnipotente á favor de una de sus criaturas,

¿Con arreglo á qué ley se concede semejante privilegio? ¿En virtud de qué méritos se obtienen esas no pequeñas larguezas del Eterno? El Catolicismo de Roma guarda silencio sobre éste, como sobre otros muchísimos puntos que son de capital importancia, contentándose con afirmarlos rotundamente, sin curarse de que en no pocas ocasiones son absurdas sus afirmaciones, y lo que es más sensible, que redundan en menoscabo de la bondad y justicia del Hacedor supremo, y en considerable aumento de la incredulidad y del escepticismo. La que enfáticamente se llama á sí misma *la Iglesia*, crée haber vencido el obstáculo, contestando con su eterno estribillo: *Es un misterio*, ó añadiendo á lo más, que Dios es dueño de todo, y sus dones puede distribuirlos cómo mejor le cuadre y acomode.

No negamos nosotros que sea Dios dueño de todo, pues él es el autor de todo, y por lo tanto el que sobre todo tiene pleno derecho de dominio y posesión. Pero nosotros negamos y negaremos siempre que la suprema verdad, la suprema justicia y la armonía suprema residan en un sér, que se permite voluntariosos caprichos y que se substrae á todas las leyes y á todos los preceptos de equidad y justicia. El primero que debe acatar la ley es el legislador, y si Dios, supremo legislador, nos ha dicho por boca de sus profetas y mesías, que á cada uno ha de darse segun sus obras, él ha de ser el primero en *someterse voluntariamente* á ese precepto que arranca de las entrañas mismas de la más estricta equidad. ¿Y en virtud de qué obras han obtenido ciertos hombres el galardón del génio, cuando, segun los católicos romanos, todas las almas son de novísima creación? ¡Acaso Aristóteles, lo mismo yo, no vino á este mundo por primera y única vez? ¿Qué obras se premianon, pues, en Aristóteles con aquel génio sintético que áun asombra al mundo, y qué obras se castigan en mí con esta nulidad intelectual, que me incapacita para todo lo que no sean vulgaridades? A estas preguntas que, como se vé, son de esencia en la cuestión y que llegan hasta el fondo de la misma, dà *la Iglesia* la callada por respuesta, presentando de esta manera á Dios como un legislador antojadizo, inferior á nuestros legisladores terrestres, en vista de lo cual, y no sin razon aparente, gritan á voz en cuello los materialistas y ateos: ¡Guerra á Dios, porque Dios es el primero de los tiranos!

Y sabeis ¿cómo remedia entonces *la Iglesia* sus errores? Pues se contenta con decir, que esos son misterios que nosotros los hombres no podemos, ni debemos profundizar, y que puesto que Dios lo hace, bien hecho está. Y está bien hecho, respondemos nosotros; pero ¿por qué? ¡Misterio!... No hay tales misterios en la creación; todo en ella es lógica y satisfactoriamente explicable; todo obedece á leyes sábias, universales y eternas; y, si lo contrario nos parece á nosotros, débese á que no hemos observado lo bastante, á que no hemos estudiado lo suficiente, á que no hemos progresado lo necesario. Estudiemos un dia y otro, sin descanso, con humildad, pero con inquebrantable energía, al mismo tiempo, y así como se han descubierto casi todas las leyes que rigen el mundo físico, se encontrarán tambien las leyes que gobiernan el mundo moral. Pero, para esto, es preciso desarrollar la razon humana, y vosotros la anatematizais constantemente en vuestras encíclicas, bulas y concilios, y luchais, aunque por fortuna en vano, para ahogarla bajo el peso del misterio y de la fe ciega.

Y despues ¿qué insólido misterio puede haber en que el Criador aparezca soberanamente justo, como lo es, á los ojos de todas sus criaturas? Apareciendo lo contrario, como aparece muchas veces en las varias hipótesis de los católicos roma-

nos; apareciendo lo contrario ¿ gana en prestigio su bondad, sale beneficiada su justicia, toma creces la creencia en su universal providencia? Ciertamente que no; pero, como la Iglesia de Roma no sabe explicar el fenómeno, y como, aunque otros lo expliquen, ella no admite más que lo que de su propio seno ha salido, prefiere clamar misterio, á confesar su ignorancia relativa, por más que con sus misterios y con sus inadmisibles hipótesis aumente cada dia el número, yá harto grande, de los indiferentes, escépticos e incrédulos.

Por otra parte, es de suponer—suposición natural y lógica, dada la nunca desmentida justicia del supremo Hacedor—que, al dispensar esos preciados dones intelectuales, lo verificará con la laudable mira de que se armonicen con las cualidades morales, y áun para que se empleen en el fomento de éstas, induciendo constantemente á la práctica de las virtudes individuales y sociales. Si así no lo hace, Dios dà pruebas de que le es indiferente el establecimiento de su reino en la tierra y, por lo tanto, el definitivo imperio de la verdad y de la justicia entre los hombres, lo que por absurdo y contrario á las vulgares nociones acerca de la naturaleza divina, es de todo punto inadmisible. Y si, como no puede menos de aceptarse, obra con arreglo al criterio que dejamos expuesto, debe existir un perenne paralelismo entre las facultades intelectuales y morales, de modo, que á mayor desenvolvimiento moral ha de corresponder siempre en el mismo individuo mayor desenvolvimiento intelectual, y *vice-versa*. Lo contrario implicaría que Dios se ha engañado en su elección, depositando riquezas intelectuales en quien había de profanarlas con las escorias de la corrupción moral.

Pues bien; ahí está la historia que nos dice con frecuencia, que muchos, muchísimos hombres de talento, y áun de verdadero génio, no son en verdad los más acabados modelos de pureza de costumbres. Más áun, no es raro el caso de que algunas personas, ventajosamente dotadas en punto á inteligencia, se sirvan de ésta para un mayor refinamiento de corrupción y hasta para disimular con mayor perfección sus numerosos y detestables fraudes. ¿Quién ignora, por ejemplo, que Salustio no se distinguía por la pureza de costumbres, á pesar de que con sus narraciones históricas se ha granjeado merecida fama de hombre de claro y superior ingenio? ¿Quién no sabe que Augusto empleó todas sus relevantes facultades intelectuales en satisfacer su sed de mando y poderío, con méngua de la libertad y bienestar del pueblo, cuya dirección le fué confiada? Y por este camino podríamos recorrer mucho y mucho terreno, pues por desgracia no escasean los ejemplares de esta naturaleza, todos los cuales probarían que Dios se había equivocado más de una y más de mil veces. Y ¿dónde está entonces su omnisciencia? La Iglesia católica romana vuelve á guardar silencio, ó, en vez de confesar humildemente su ignorancia relativa, diciendo: no tengo solución para el problema, repite imperturbable: éste es otro misterio que no podemos, ni debemos profundizar, con lo cual no se pone á salvo la sabiduría divina, contra la que descarga el ateísmo un nuevo golpe, al parecer, certero e inevitable.

Según la doctrina católica romana, la suerte del alma humana queda definitiva y eternamente fijada después de la muerte del cuerpo material, que le ha servido de instrumento de manifestación durante la única vida que en este planeta vive el hombre. La alternativa que nos espera, yá la saben nuestros lectores: ó el infierno con todos sus horrores materiales, ó la gloria con su beatificación e infructuosa contemplación. El purgatorio es una situación de tránsito, una detención más ó menos prolongada, ántes de ingresar definitivamente en las deliciosas mansiones del paraíso celestial. ¿Dónde están el cielo y el infierno, después que la astronomía y la

geología los han desalojado del espacio sideral y del centro de la tierra? ¿Dónde se halla situado el purgatorio? Los católicos de Roma ni lo dicen, ni saben, ni pueden decirlo. Será éste otro de sus innumerables misterios; pero, como no nos corresponde ocuparnos ahora de semejante asunto, volvemos al que es objeto de nuestras actuales investigaciones.

Para considerar á las almas dignas de la gloria ó del infierno, suponemos, con razon bastante, nos parece, que Dios se fijará exclusivamente en los hechos practicados durante la existencia terrestre, en cuya determinacion toma una parte no pequeña, importantísima, por el contrario, el mayor ó menor desenvolvimiento de las facultades intelectuales. Las acciones son en sí mismas morales ó inmorales; pero relativamente al hombre en particular, serán más ó menos morales ó inmorales segun su estado intelectual, segun el desenvolvimiento de su inteligencia. Un cafre, por ejemplo, se reirá y burlará de la fraternidad humana, al paso que un europeo la comprende, se la explica y suspira por su realizacion. El primero, al violarla, se quedará completamente tranquilo; el segundo conocerá, aunque no lo confiese, que ha faltado á una de las leyes universales, á uno de los eternos principios del Cristianismo. ¿Cuál es la razon de esta enorme diferencia? No otra que la diferencia de estado intelectual.

Pues bien; si Dios, como dicen los católicos romanos, concede el génio por vía de privilegio, y si despues á todos nos juzga indistintamente por las acciones que durante la vida practicamos, hace prueba de manifiesta parcialidad e injusticia. En efecto, ¿cómo, sin ser injusto, se puede exigir la misma responsabilidad al hotentote, cuya vida intelectual es insignificante, que á Newton, cuyo génio fué admiracion de sus contemporáneos y es hoy motivo de merecida estima? Si á este último se le concedieron muchos más y mayores medios para distinguir las buenas de las malas acciones, ¿cómo, para los efectos de la responsabilidad, se le ha de equiparar al primero que apénas alcanza á diferenciar la virtud del vicio? Dada la hipótesis de la Iglesia romana, ¿tiene el hotentote la culpa de no ver con mayor claridad la moralidad de las acciones? Y sin embargo, á él, á quien nada se ha concedido en materia de inteligencia, se le iguala para el castigo ó el premio á Malebranche, que gozó del privilegio del talento. Y despues de estas suposiciones, los católicos romanos exclaman satisfechos: Dios es soberanamente justo; y, si nosotros decimos que sus hipótesis demuestran todo lo contrario, nos anatematizan por herejes y ateos. Afortunadamente los anatemas de Roma se cotizan hoy á muy bajo precio, y á pesar de ellos, aseguramos que la explicacion que del génio dán los católicos romanos, es de todo punto inadmisible. A ser verdadera, quedaría plenamente demostrado que Dios es parcial, injusto y susceptible de engañarse y ser engañado, lo que bajo ningún concepto es aceptable. Entre admitir estas horribles blasfemias y asegurar que *la única religion verdadera* se equivoca, al estudiar el génio, nuestra elección no ha de ser dudosa; estamos por lo ultimo, aunque lluevan sobre nuestras cabezas excomuniones y anatemas católicos romanos.

Pudiéramos ahora demostrar, lo que es muy fácil, que, siendo el génio un privilegio, no implica mérito alguno en quien lo posé; pero, yá porque nuestros lectores deducirán de lo expuesto las lógicas consecuencias que entraña, yá porque lo dicho basta en concepto nuestro para rechazar la hipótesis del Catolicismo romano sobre el génio, ponemos aquí punto á nuestras consideraciones para proseguirlas en el número próximo, ocupándonos de la explicacion que acerca del particular ofrece la Frenología.

ESTUDIO SOBRE LA NATURALEZA DE CRISTO.

(Obras póstumas).

I. *Fuente de las pruebas de la naturaleza de Cristo.*

Desde los primeros siglos del Cristianismo, se viene agitando la cuestión de la naturaleza de Cristo, y puede decirse que aún no está resuelta, puesto que sobre ella se discute todavía. De la divergencia de opinión sobre este punto ha nacido la mayor parte de las sectas, que, desde hace diez y ocho siglos, divide a la Iglesia, y es de notar que los jefes de todas esas sectas han sido obispos, ó, con otros títulos, miembros del clero. Eran, pues, en consecuencia, hombres ilustrados, en su mayor parte escritores de talento, nutridos de la ciencia teológica, los que no consideraban concluyentes las razones invocadas en favor del dogma de la divinidad de Cristo. No obstante, entonces, como en la actualidad, hanse formado las opiniones más en virtud de abstracciones que de hechos; se ha inquirido, sobre todo, lo que semejante dogma podía tener de plausible ó de irracional, y unos y otros han descuidado generalmente el trabajo de hacer resaltar los hechos, que podían derramar sobre la cuestión una luz decisiva.

Pero ¿dónde encontrar tales hechos, sino en los hechos y palabras de Jesús?

No habiendo escrito nada Jesús, sus únicos historiadores son los apóstoles, quienes nada escribieron durante su vida. No habiendo hablado de aquél ningún escritor profano contemporáneo, no existe sobre su vida y doctrina ningún otro documento más que los Evangelios, y en ellos solamente debe buscarse la clave del problema. Todos los escritos posteriores, sin exceptuar los de S. Pablo, no son ni pueden ser más que comentarios ó apreciaciones, reflejo de personales opiniones, contradictorias a menudo, que en caso alguno pueden tener la autoridad del relato de los que habían recibido las instrucciones directas del Maestro.

Sobre esta cuestión, como sobre la de todos los dogmas en general, no puede invocarse como argumento de peso, ni como una prueba irrecusable en favor de su opinión, la congruencia de los Padres de la Iglesia y otros escritores sagrados, puesto que ninguno de ellos ha podido citar un solo hecho, fuera del Evangelio, concerniente a Jesús, ni ha descubierto documentos nuevos desconocidos de sus predecesores. Los autores sagrados no han podido más que girar en el mismo círculo, dar su apreciación personal, sacar consecuencias desde su punto de vista, y comentar bajo nuevas formas y con mayor ó menor desenvolvimiento las opiniones contradictorias. Todos los de ese mismo partido han debido escribir en el mismo sentido, yá que no en los mismos términos, só pena de ser declarados herejes, como lo fueron Orígenes y tantos otros. Naturalmente la Iglesia no ha incluido en el número de sus Padres más que a los escritores considerados ortodoxos desde el punto de vista de aquélla; no ha exaltado, santificado y colecciónado, sino a los que la han defendido, al paso que ha rechazado a los otros, destruyendo sus escritos, cuando le ha sido posible. Nada tiene, pues, de concluyente la congruencia de los Padres de la Iglesia, puesto que es una unanimidad elegida, formada por medio de la eliminación de los elementos contrarios. Si, al lado de lo que se ha escrito en pró, se pusiera lo que en contra se ha escrito, no sabemos con seguridad hacia donde se inclinaría la balanza.

Esto en nada rebaja el mérito personal de los mantenedores de la ortodoxia, ni su valor como escritores y hombres concienzudos. Son abogados de una misma causa que con incontestable talento la han defendido, y que por fuerza debían llegar a las mismas conclusiones. Léjos de querer denigrarles en lo más mínimo, hemos querido solamente refutar el valor de las consecuencias que de su congruencia pretende sacarse.

En el examen que vamos a hacer de la cuestión de la divinidad de Cristo, dando de mano a las sutilezas del escolasticismo que, en lugar de dilucidarla, sólo han servido para embrollarla, nos apoyaremos exclusivamente en los hechos que resultan del texto del Evangelio, y que examinados fria, concienzudamente y sin prevención, suministran superabundantemente todos los medios de convicción que puedan desearse. Y, entre semejantes hechos, no hay ningunos más preponderantes ni concluyentes que las mismas palabras de Cristo, palabras que nadie podría recusar sin atacar la veracidad de los apóstoles.

De diferentes maneras puede interpretarse una parábola, una alegoría; pero afirmaciones sin ambigüedad y cien veces repetidas, no pueden tener doble sentido. Nadie puede pretender saber mejor que Jesús lo que éste dijo, como nadie queda pretender estar más al corriente que él sobre su propia naturaleza. Cuando Jesús comenta sus palabras y las explica para evitar toda equivocación, preciso es someterse á él, á menos que se le niegue la superioridad que se le atribuye, y se sustituya con otra su propia inteligencia. Si oscuro ha sido sobre ciertos puntos, al usar un lenguaje figurado, no es posible la duda en lo que concierne á su persona. Antes de examinar las palabras, analicemos los hechos.

II. *Prueban los milagros la divinidad de Cristo?*

Según la Iglesia, la divinidad de Cristo queda principalmente demostrada por los milagros, que atestiguan una fuerza sobrenatural. Esta consideración pudo ser de cierto peso en una época en que era aceptado sin examen lo maravilloso; pero hoy que la ciencia ha llevado sus investigaciones á las leyes de la naturaleza, los milagros hallan más incrédulos que creyentes; y lo que ha contribuido no poco á su descrédito, es el abuso de las imitaciones fraudulentas y la explotación que de ellos se ha hecho. La fe en los milagros se ha extinguido por el uso que de la misma se ha venido haciendo, resultando que los del Evangelio son considerados en la actualidad por muchas personas como puramente legendarios.

La Iglesia, por otra parte, quita á los milagros toda su importancia como prueba de la divinidad de Cristo, declarando que el demonio puede hacerlos tan prodigiosos como aquél; puesto que, si el diablo tiene tal poderío, es evidente que los hechos de semejante naturaleza no gozan de un carácter puramente divino. Si puede hacer cosas tan maravillosas, que llegan á seducir á los mismos elegidos, ¿cómo podrán los simples mortales distinguir los buenos milagros de los malos? ¿Y no es de temer que, viendo hechos similares, confundan á Dios con Satanás?

Atribuir á Jesús un rival semejante en habilidad, era una insigne torpeza; pero, en materia de contradicciones e inconsecuencias, no se era muy escrupuloso en una época, en qué los fieles hubiesen elevado á la categoría de caso de conciencia el pensar por sí mismos y el discutir el más insignificante de los artículos impuestos á su credulidad. No se contaba entonces con el progreso, ni se pensaba en que podría tocar á su término el reino de la fe ciega y sencilla, reino cómodo como el de un placer cualquiera. La misión tan preponderante que se ha obstinado la Iglesia en señalar al demonio ha producido para la fe desastrosas consecuencias, á medida que los hombres se han sentido capaces para ver con sus propios ojos. El demonio, á quien se ha explotado con buen éxito por algún tiempo, ha venido á ser la piñeta descargada contra el viejo edificio de las creencias y una de las principales causas de la incredulidad. Puede decirse que, haciendo de él la Iglesia un auxiliar indispensable, ha alimentado en su seno al que debía revolverse contra ella y minarla en sus bases.

Otra consideración no menos grave es la de que los hechos milagrosos no son privilegio exclusivo de la religión cristiana. No hay, en efecto, una, idólatra ó pagana, que no haya tenido sus milagros tan maravillosos y auténticos para los secuaces de aquélla como los del cristianismo. La Iglesia se ha privado del derecho de negarlos, atribuyendo á las potencias infernales la facultad de producirlos.

El carácter esencial del milagro en el sentido teológico es el de ser una excepción á las leyes de la naturaleza, siendo por consiguiente inexplicable por las mismas. Desde el instante en que puede explicarse un hecho y se relaciona con una causa conocida, cesa de ser un milagro. Así es cómo los descubrimientos de la ciencia han hecho entrar en el dominio de los acontecimientos naturales ciertos efectos calificados de prodigiosos, mientras fué desconocida su causa. Más tarde, el conocimiento del principio espiritual, de la acción de los fluidos sobre la economía, del mundo invisible en medio del cual vivimos, de las facultades del alma, de la existencia y propiedades del *perispíritu*, ha dado la clave de los fenómenos del orden psíquico, y ha probado que, al igual de los otros, no son derogaciones de las leyes de la naturaleza, sino que, por el contrario, son aplicaciones frecuen-

tes de las mismas. Todos los efectos de magnetismo, de sonambulismo, de éxtasis, de doble vista, de hipnotismo, de catalepsia, de anestesia, de trasmisión del pensamiento, de presciencia, de curaciones instantáneas, de posesiones, obsesiones, apariciones y trasfiguraciones, etc., que constituyen la casi totalidad de los milagros del Evangelio, pertenecen á semejante categoría de fenómenos.

Actualmente se sabe que esos efectos son resultado de aptitudes y de disposiciones fisiológicas especiales; que se han producido en todos los tiempos, en todos los pueblos, y que no tienen más títulos para ser considerados como sobrenaturales que todos aquellos cuyas causas eran desconocidas. Esto explica por qué todas las religiones han tenido sus milagros, que no son más que hechos naturales, pero casi siempre amplificados hasta el absurdo por la credulidad, la ignorancia y lo supersticio, á las cuales empero, reducen á su justo valor los conocimientos actuales, descartando la parte legendaria.

La posibilidad de la mayor parte de los hechos que el Evangelio cita como realizados por Jesús, está hoy completamente demostrada por el Magnetismo y por el Espiritismo, considerándolos á aquéllos como fenómenos naturales. Puesto que á nuestra vista se producen, ora espontáneamente, ora provocados, nada hay de anormal en que Jesús poseyese facultades idénticas á las de nuestros magnetizadores, curadores, sonámbulos, videntes, médiums, etc. Desde el momento en que esas mismas facultades se hallan, aunque en diferentes grados, en una multitud de individuos que nada tienen de divinos, que hasta se encuentran en los herejes é idólatras, no implican en modo alguno una naturaleza sobrehumana.

Si el mismo Jesús calificaba de *milagros* esos hechos, débese á que en esto, como en otras muchas cosas, debía apropiar su lenguaje á los conocimientos de sus contemporáneos, pues ¿cómo podían apreciar estos últimos un matiz del lenguaje que no es hoy comprendido de todos? Las cosas extraordinarias que él hacia, y que parecían sobrenaturales en aquella sazon y mucho más tarde aún, eran milagros para el vulgo que no podía darles otro nombre. Y es digno de notarse el hecho de que valióse de ellos para afirmar la misión que, segun sus propias expresiones, había recibido de Dios; pero nunca para atribuirse el poder divino.

Preciso es, pues, dejar de incluir los milagros entre las pruebas en que pretende fundarse la divinidad de la persona de Cristo. Veamos ahora si hallamos tales pruebas en las palabras de Jesús.

III. *¿Las palabras de Cristo prueban su divinidad?*

Dirigiéndose á sus discípulos, que disputaban acerca de quien de entre ellos era el primero, les dijo, tomando á un niño y colocándolo á su lado:

«Qualquiera que á mí recibiere, recibe á *aquel que me envió*. Porque el que es menor entre todos vosotros, éste es el mayor.» (S. Lue, cap. ix, v. 48.)

«Qualquiera que recibiere á uno de estos niños en mi nombre, á mí recibe; y todo el que á mí recibiere, no recibe á mí, sino á *aquel que me envió*.» (S. Marc, cap. ix, v. 36.)

«Jesús les dijo: «Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais. Porque yo de Dios salí, y vine: y no de mí mismo, mas él me envió.» (S. Juan, cap. viii, v. 42.)

«Y Jesús les dijo: «Aun estaré con vosotros un poco de tiempo: y voy á *aquel que me envió*.» (S. Juan, cap. vii, v. 33.)

«Quien á vosotros oye, á mí me oye, y quien á vosotros desprecia á mí me desprecia. Y el que á mí me desprecia, desprecia á *aquel que me envió*» (S. Lue, cap. x, v. 16.)

El dogma de la divinidad de Jesús está fundado en la igualdad absoluta entre su persona y Dios, puesto que es el mismo Dios. Esto es un artículo de fe. Pues bien; estas palabras tan repetidas por Jesús: *El que me envió* atestiguan no sólo la dualidad de las personas, sino que, como hemos dicho, excluyen la igualdad absoluta entre ellas; puesto que el que es enviado está necesariamente *subordinado* al que envía, y obedeciendo práctica un acto de *sumisión*. Un embajador, hablando al soberano dirá: *Mi señor, el que me envía*; pero, si personalmente es el soberano, hablará en nombre propio y no dirá: *E*,

que me envió. Jesús lo dice empero, en términos categóricos: *Yo de Dios salí, y vine: y no de mí misma.*

Estas palabras: *El que a mí me desprecia, desprecia a aquel que me envió*, no implican igualdad, y ménos aún identidad, puesto que, en todos los tiempos, el insulto hecho á un embajador ha sido considerado como hecho al mismo soberano. Los apóstoles tenian la palabra de Jesús, como Jesús tenía la de Dios, y cuando les dice: *Quién a vosotros oye, a mí me oye*, no entendia decir que sus apóstoles y él constituyan una sola persona igual en todo.

Por otra parte, la dualidad de personas, lo mismo que el estado secundario y subordinado de Jesús con respecto á Dios, se desprenden inequivocamente de los siguientes pasages:

«Mas vosotros sois los que habeis permanecido conmigo en mis tentaciones.—Y por esto dispongo yo del reino para vosotros, como *mi Padre dispuso de él para mí.*—Para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, y os senteis sobre tronos, para juzgar á las doce tribus de Israel.» (S. Luc., cap. xxii, v. 28, 29, 30.)

«Yo digo lo que *vi en mi Padre:* y vosotros haceis lo que visteis en vuestro padre.» (S. Juan, cap. viii, v. 38.)

«Y vino una nube que les hizo sombra: y salió una voz de la nube que decia: *Este es mi Hijo el muy amado, oídle.*» (Trasfig., S. Marc., cap. ix, v. 6.)

«Y cuando viniere el Hijo del hombre en su magestad, y todos los ángeles con él, se presentarán entonces sobre el trono de su magestad.—Y serán todas las gentes ayuntadas ante él, y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos:—Y pondrá las ovejas á su derecha, y los cabritos á la izquierda. —Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: *Venid benditos de mi Padre,* poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.» (S. Mat., cap. xxv, v. 31-34.)

«Todo aquel pues que me confesare delante de los hombres, lo confesare yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos:—Y el que me negare delante de los hombres, lo negaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.» (S. Mat., cap. x, v. 32, 33.)

«Y tambien os digo: Que todo aquel que me confesare delante de los hombres, *el Hijo del hombre lo confesará tambien á él delante de los ángeles de Dios:*—Mas el que me negare delante de los hombres, *negado será tambien de los ángeles de Dios.*» (S. Luc., cap. xii, v. 8, 9.)

«Porque el que se afrentare de mí y de mis palabras, se afrentará de él el Hijo del hombre, cuando viniere con su magestad, y *con la del Padre, y de los santos Angeles.*» (S. Luc., cap. ix, v. 26.)

Hasta parece que, en estos dos últimos pasages, Jesús coloca por cima de sí á los santos Angeles, que componen el tribunal celeste ante el cual sería él el defensor de los buenos y el acusador de los malos.

«Mas el estar sentados á mi derecha ó á mi izquierda, *no me pertenece a mí darlo a vosotros, sino a los que está preparado por mi Padre.*» (S. Mat., cap. xx, v. 23.)

«Y estando juntos los Fariseos, les preguntó Jesús,—diciendo: «¿Qué os parece de Cristo? ¿de quién es hijo?» Dicenle: «de David.»—Díceles: «Pues cómo David en espíritu lo llama Señor, diciendo: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha, hasta que ponga tus enemigos por peana de tus pies!—*Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?*» (S. Mat., cap. xxii, v. 41-45.)

«Y respondiendo Jesús decia, enseñando en el templo: «Cómo dicen los Escribas, que el Cristo es hijo de David?—Porque el mismo David por Espíritu Santo, dice: Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi derecha, hasta que ponga tus enemigos por tarima de tus pies.—*Pues el mismo David le llama Señor: ¿De dónde pues es su hijo?*» (San Marc., cap. xii, v. 35, 36, 37.—S. Luc., cap. xx, v. 41-44.)

Con estas palabras consagra Jesús el principio de la diferencia jerárquica que existe entre el Padre y el Hijo. Jesús podia ser hijo de David por filiacion corporal y como des-

endiente de su raza, por lo cual se cuida de añadir: «¿Cómo David *en espíritu* lo llama Señor?» Si hay, pues, una diferencia jerárquica entre el padre y el hijo, Jesús, como hijo de Dios, no puede ser igual á Dios.

El mismo Cristo confirma esta interpretación, y reconoce su inferioridad respecto de Dios en términos que hacen imposible toda duda.

«Yá habeis oido que os he dicho: Voy, y vengo á vosotros. Si me amáseis, os gozaréis ciertamente porque voy al Padre: porque el Padre ES MAYOR QUE YO.» (S. Juan, cap. xiv, v. 28.)

«Y vino uno, y le dijo: «Maeatro bueno, jqué bien haré para conseguir la vida eterna?»—Él le dijo: «Por qué me preguntas de bien? Solo uno es bueno, que es Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos.» (S. Mat., cap. xix, v. 16, 17.—S. Marc., cap. x, v. 17, 18.—S. Lue., cap. xviii, v. 18, 19.)

Jesús no sólo no se supuso igual á Dios en ninguna circunstancia, sino que en los anteriores pasages afirma positivamente lo contrario, considerándose inferior á él en bondad; y declarar que Dios le es superior en poder y cualidades morales, es declarar que no es Dios. Los siguientes pasages vienen en apoyo de este aserto, y son tan explícitos como los que preceden.

«Porque yo no he hablado de mí mismo; mas el Padre que me envió, él me dió mandamiento de lo que tengo de decir, y de lo que tengo de hablar.—Y sé que su mandamiento es la vida eterna. Pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo.» (S. Juan, cap. xii, v. 49, 50.)

«Jesús les respondió, y dijo: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado.—El que quiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina, si es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo.—El que de sí mismo habla busca su propia gloria: mas el que busca la gloria de aquel que le envió, este veraz es, y no hay en él injusticia.» (S. Juan, cap. vii, v. 16, 17, 18.)

«El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habeis oido no es mía: sino del Padre que me envió.» (S. Juan, cap. xiv, v. 24.)

«¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo. Mas el Padre, que está en mí, él hace las obras.» (San Juan, cap. xiv, v. 10.)

«El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.—Mas de aquel dia, y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.» (S. Marcos, cap. xiii, v. 31, 32.—S. Mat., cap. xxiv, v. 35, 36.)

«Jesús pues les dijo: «Cuando alzeis al Hijo del hombre, entonces entendereis que yo soy, y que nada hago de mí mismo: mas como mi Padre me mostró, esto hablo:—Y el que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo: porque yo hago siempre lo que a él agrada.» (S. Juan, cap. viii, v. 28, 29.)

«Porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió.» (S. Juan, cap. vi, v. 38.)

«No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna. Así como oigo, juzgo: y mi juicio es justo: porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel, que me envió.» (S. Juan, cap. v, v. 30.)

«Pero yo tengo mayor testimonio que Juan. Porque las obras que el Padre me dió que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí que el Padre me ha enviado.» (S. Juan, cap. v, v. 36.)

«Mas ahora me quereis matar, siendo hombre, que os he dicho la verdad, que os di de Dios: Abraham no hizo esto.» (S. Juan, cap. viii, v. 40.)

Desde el momento en que *nada hace de sí mismo*, que la doctrina que enseña no es suya, sino que la recibió de Dios que le mandó que viniese á darla á conocer; desde el momento en que sólo hace lo que Dios le ha dado poder para hacer y que la verdad que enseña la ha aprendido de Dios, á cuya voluntad está sometido, no es el mismo Dios, sino su enviado, su mesías y su subordinado.

Imposible es recusar de un modo más terminante cualquiera asimilacion con la persona de Dios, y determinar en más precisos términos su verdadera mision. No son éstos pensamientos ocultos con el velo de la alegoria, y que sólo á fuerza de interpretacion se descubren; es el sentido propio expresado sin ambigüedades.

Si se objetase que, no queriendo Dios darse á conocer en la persona de Jesús, nos ha engañado acerca de su individualidad, podríase preguntar en qué se funda esa opinion, y quien ha dado autoridad para penetrar en el fondo de su pensamiento, y dar á sus palabras un sentido contrario del que expresan. Puesto que, durante la vida de Jesús, nadie le consideraba como Dios, sino que se le miraba, por el contrario, como un mesías, bastábase no haber dicho nada sobre el particular, si no queria ser tenido por quien realmente era. De su afirmacion expontánea, preciso es concluir que no era Dios, ó que si lo era, dijo voluntaria e inútilmente una cosa falsa.

(Se continuará.)

ALLAN KARDEC.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

VI.

La Tierra y la Luna.

I.

Alejándonos siempre del centro del sistema, que hemos tomado como punto de partida, debemos hablar hoy de la Tierra, despues de haberlo hecho de Mercurio y Vénus; y no vendrá mal este descanso en nuestra morada actual, ántes de lanzarnos á recorrer los otros mundos que giran fuera de la órbita del que habitamos.

Hemos de considerarle aquí como cuerpo celeste, como planeta, del mismo modo que hemos considerado los otros, puesto que, como aquéllos, es un individuo de la familia de mundos que compone el sistema solar.

La Tierra está aislada en el espacio como todos los demás planetas; mas esta no viaja solitaria como Mercurio y Vénus, sino acompañada de su fiel satélite—la Luna—la cual, describiendo su órbita al rededor de ella, la sigue en la que traza tambien, á su vez, al rededor del Sol.

Sabido es de todos que la figura de la Tierra, es una esfera un poco aplastada por los polos; y que, miéntras el hemisferio que mira hacia el Sol está alumbrado por los rayos de éste, el otro está sumido en la oscuridad.

Si nos fuese posible ver nuestro mundo desde el espacio, fuera de los límites de la atmósfera que le envuelve, se nos presentaría bajo la forma de un disco más ó menos luminoso—según la distancia á que de él nos halláramos—notaríamos en él ciertas manchas oscuras que reconoceríamos despues de examinada su figura, ser los mares (1); y destacándose sobre ese fondo veríamos ciertas partes más brillantes, que asimismo reconoceríamos ser los continentes, las nieves y los hielos de los polos. Tambien, y según la posición respectiva del Sol, de la Tierra y la en que nos colocáramos, veríamos que ésta presenta fases semejantes á las que desde aquí vemos en la Luna.

Luego, si nos acercásemos, iría pareciendo menos resplandeciente á nuestros ojos, á la par que el disco crecería en magnitud, y podríamos notar otras manchas, aunque poco sensibles, pero que en vez de permanecer fijas, las veríamos cambiar de forma y aun disolverse; estas manchas no serían otra cosa que las masas de nubes que se forman en la atmósfera.

Desde el espacio, nada veríamos de las ásperas rugosidades de su superficie; las altas

(1) Es sabido que los mares cubren las tres cuartas partes de la superficie de la Tierra.

montañas y los profundos valles no serían sensibles para nosotros, sólo veríamos una superficie tersa, brumosa, como la que observamos en los demás cuerpos celestes. Para demostrar que los más elevados montes de la Tierra no afectan en nada su redondez, es muy común comparar la Tierra con una naranja, suponiendo que los montes y valles son á nuestro mundo, lo que los accidentes que presenta la epidermis de aquella fruta son á ella misma. Esta comparación dista mucho de ser exacta. Reducida la Tierra al volumen de una naranja, su superficie se presentaría tan lisa y tan igual, que á la simple vista no se alcanzaría á ver la menor elevación ni depresión. Júzquese de ello por el siguiente cálculo que tomamos de un autor: Figurémonos que, en vez de los 12.732,814 metros que mide el diámetro terrestre, tuviera solo un metro de altura. «¿Qué vienen á ser en esta escala, las irregularidades producidas por los montes y los valles; que viene á ser la elevación de los continentes sobre el nivel de los mares? El cálculo es fácil. El Kunchinjunga y el Gaurisankar, esos picos colosales del Himalaya, las más altas montañas conocidas de nuestro globo, no se elevarían sobre una esfera de ese tamaño más que siete décimos de milímetro; el Mont-Blanc apenas más de un tercio. Las cordilleras de montañas de mediana altura, los valles y las colinas, serían como invisibles; las mayores profundidades del Océano no penetrarían en la superficie más allá de un milímetro, y la capa aérea ó atmósfera que envuelve el mundo no formaría una capa de cinco milímetros de altura.»

El diámetro de la Tierra hemos dicho que es 12.732,814 metros; su volumen es 1.080.863,240 milímetros cúbicos, y su superficie mide una extensión de 5.093.142,812 milímetros cuadrados.

El aplastamiento de los polos si se tiene en cuenta el volumen de la Tierra, es muy poca cosa, sólo es 21,318 metros en cada polo, segun puede verse por la medida siguiente que tomamos de un autor moderno:

Radio ecuatorial.	6.377,398 metros.
Radio polar.	6.356,080 >
Diferencia.	21,318 metros.

De modo que entre el diámetro ecuatorial y el polar, sólo resulta una diferencia de 42,636 metros. En el globo de un metro de diámetro de que ántes hemos hablado, estaría representado ese aplastamiento por 1 milímetro y $2/3$ en cada polo, ó sea un poco más de 3 milímetros entre ambos.

El peso de nuestro esferóide yá lo expresamos al compararlo con el del Sol, es de 5,875.000.000.000.000.000 toneladas de mil kilogramos. Creemos inútil decir aquí que este peso se deduce de la densidad de la materia terrestre, cuyo peso específico es 5'48 esto es: un volumen igual de agua destilada y de materia terrestre—término medio—pesa ésta cerca de cinco veces y media más que aquélla.

La capa atmosférica que envuelve la Tierra, tiene—según los cálculos más exactos—unos 60 kilómetros de altura, y su peso se ha calculado que es 5,263.000.000.000.000 lo que no llega aún á ser la millonésima parte del peso de la Tierra.

Colosales son los guarismos que acabamos de apuntar; pero yá hemos visto cuan insignificantes han sido, al compararlos con los que resultan del volumen y peso del Sol; y veremos luego que nuestro mundo es aún uno de los hijos menores de la familia de mundos que componen nuestro sistema planetario.

La distancia de la Tierra al Sol es 38.230,000 leguas de 4 kilómetros, y el movimiento de revolución sideral de este planeta, se verifica en 365 días, 6 horas, 9 minutos, 10 segundos y 75 céntimos de segundo. El espacio que recorre la inmensa mole terrestre en ese movimiento, es de 30,550 metros por segundo, esto es, cerca de 8 leguas.

La órbita terrestre no es precisamente circular; y si bien su excentricidad no es muy notable, hace no obstante, que no se halle siempre la Tierra á la misma distancia del Sol. Cuando está más alejada de él—ó sea en su afelio—se halla á 38.900,000 leguas, y cuando está más cerca—ó en su perihelio—á 37.600,000 leguas. Haremos notar de paso, que

no coincide el perihelio con las estaciones calurosas de nuestro hemisferio boreal; muy al contrario, puesto que el perihelio tiene lugar á últimos de Diciembre, algunos días después del solsticio de invierno; y el aforio en los primeros días de Julio.

«Esta circunstancia prueba, que no es á la disminución de la distancia real del Sol á lo que debe atribuirse el aumento de calor, ó más bien de la temperatura de un sitio de la Tierra. Durante la primavera y el verano del hemisferio boreal, el Sol permanece más tiempo sobre el horizonte de un lugar que en el otoño y en el invierno; y la duración del día es tanto más larga que la de la noche, cuanto más se aproxima al solsticio. Esta es una primera causa de la elevación de la temperatura durante las estaciones estivales; y la otra, no menos poderosa, proviene de la altura aparente del Sol. El arco diurno descrito por el astro radiosó va elevándose á alturas crecientes desde el equinoccio de primavera al solsticio de verano, para volver á pasar en sentido inverso por las mismas posiciones, del solsticio de verano al equinoccio de otoño. Los rayos que envía sobre los diversos puntos del hemisferio boreal, atraviesan la atmósfera menos oblicuamente que en invierno y en otoño; y la intensidad del calor recibido, es tanto más notable, cuanto esa oblicuidad es menor; circunstancia fácil de explicar por ser menor el espesor de las capas atmosféricas atravesadas por esos rayos. Por otra parte, prescindiendo de la atmósfera, la oblicuidad de que hablamos, es yá causa de que el calor recibido por una misma porción de la superficie terrestre sea menos considerable.

»La explicación precedente se aplica al hemisferio austral durante las estaciones de otoño y invierno, que son para él la primavera y el verano; y como además el Sol está á menor distancia de la Tierra, la intensidad del calor es mayor, así como en las estaciones invernales del mismo hemisferio, el frío debe ser más intenso. Por último, esas desigualdades se compensan, y las temperaturas medias del año son casi las mismas al norte y al sur del equador.» (1)

No entraremos aquí en consideraciones sobre las causas que modifican en varios puntos las que enumera el autor que acabamos de citar—causas que son puramente astronómicas—por creer que no es éste su lugar; así como tampoco hablaremos de la diferencia de temperatura en las diferentes zonas del globo, cuyos climas son tan opuestos como saben nuestros lectores. Sólo añadiremos que en la zona tórrida, que comprende ambos hemisferios hasta los trópicos, y especialmente en su centro ó sea la línea equinocial, el Sol se halla en el zénit dos veces al año; que en las zonas templadas, ó sea desde cada trópico respectivo hasta los 66 grados de latitud no se eleva nunca al zénit, sino que sus rayos hieren más oblicuamente estos países; y por último, en las zonas circumpolares ó glaciales, el astro del día llega á bajar hasta el horizonte, y aún desaparece por debajo de él durante un espacio de tiempo que varía entre un día y seis meses.

El movimiento de rotación sobre su eje, lo verifica la Tierra en 23 horas, 56 minutos, 4 segundos.

Este movimiento no es tan rápido como el de revolución de que yá hemos hablado y ofrece además otra particularidad, y es que; por razón de la forma esférica de la Tierra, no todas sus partes recorren el mismo espacio en un tiempo dado.

Procuremos explicar este hecho del modo más breve que nos sea posible.

En el punto matemático de ambos polos hay inmovilidad, puesto que es el punto céntrico del eje de rotación, pero avanzando hacia el ecuador, va creciendo gradualmente la velocidad, hasta llegar á él. Girando la Tierra sobre su eje, el círculo que en veinte y cuatro horas describe un punto cualquiera, por ejemplo, el Spitzberg, grupo de islas desiertas del mar glaciar, nunca será tan grande como el que describe la Islandia que está situada más al sur; el de ésta, como el de Inglaterra que lo está más, el de Inglaterra como el de España, y el de España como el de la isla Sumatra que está en la línea equinocial. Siendo pues, estos círculos diferentes entre sí y todos trazados en el mismo tiempo, naturalmente que las velocidades reales deben ser diferentes. De los cálculos verificados resulta que Rejkawitz, capital de la Islandia, recorre 202 metros por segundo, ó sean 727

(1) A. Gillemain. *Le Ciel.*

kilómetros por hora; París 305 metros por segundo—727 kilómetros por hora—y Quito (en el ecuador) 464 metros por segundo, ó sean asimismo 1,670 kilómetros por hora.

El eje de rotación de la Tierra está inclinado sobre el plano de su órbita 23 grados, 37 minutos; á no existir esa inclinación, nuestro mundo sería casi un paraíso, físicamente considerado. Los días serían constantemente iguales á las noches, no conoceríamos ora el sofocante calor del verano, luego el helado soplo del invierno; una temperatura invariable reinaría todo el año en una misma zona, y los amantes del calor podrían pasar su vida en un país próximo al ecuador, así como los que prefieren un clima frío, no tendrían más que correrse hacia los polos para gozar constantemente de su temperatura favorita. Pero no es así, y hemos de conformarnos con él tal como está, yá que por nuestras culpas merecemos habitar éste mundo y no otro más favorecido.

La historia de nuestro globo, se ha ido conociendo á medida que las ciencias han progresado; hoy, sin que pueda asegurarse que se conoce perfectamente, puede no obstante decirse qué merced á los datos que la observación presenta y la ciencia estudia, se va formando con bastante exactitud. Todo induce á creer que la materia que compone la Tierra fué en el principio gaseosa; luego, con el trascurso de los siglos, se fué condensando, llegando al estado líquido, pastoso después, y poco á poco se ha ido solidificando, empezando por la superficie. Hoy dista mucho de estar totalmente solidificado. La corteza sólida de nuestro mundo es muy delgada todavía con relación á él, y con razón ha dicho un autor, que «nuestro globo es una bomba cargada de fuego líquido.»

Tanto en las minas muy profundas como en otras perforaciones que la mano del hombre ha practicado en el suelo del planeta, se ha notado que el calor interior aumenta un grado por cada 25 ó 30 metros de profundidad. Este mismo resultado se observa con las aguas que brotan de los pozos artesianos. Partiendo, pues, de este dato—comprobado en diversas observaciones—resulta, que siguiendo el calor aumentando en esa progresión; á la profundidad de 60,000 metros—que no es más que la centésima parte del radio terrestre—la temperatura sería de 2,000 grados; temperatura en que aún los cuerpos minerales más refractarios al calor, no podrían existir en estado sólido. Por otra parte, los volcanes son una manifestación evidente de la existencia del fuego central; y el número de éstos ha ido disminuyendo con el tiempo, pues siendo más delgada la corteza en las primeras épocas geológicas y de consiguiente más intenso el calor interior, necesitaba éste mayor número de válvulas por donde se escapara la exuberancia de gases que hubieran podido hacer estallar el globo.

Las trasformaciones que desde su origen ha sufrido la Tierra—ó por lo menos las que la ciencia ha podido apreciar hasta ahora—creemos que estarían fuera de su lugar, si aquí las expusiéramos, siquiera fuese sucintamente, por lo que nos abstenemos de hacerlo en este artículo; así pues, pasaremos desde luego á hacer una visita á nuestro satélite la Luna.

(Se continuará.)

LUIS DE LA VEGA.

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRA-TUMBA.

MADAME DE STAEL.

En la sesión de la *Sociedad parisina de Estudios Espiritistas*, del 28 de octubre de 1858, se comunicó espontáneamente el Espíritu de M. de Staél sin ser llamado, variéndose de la mano de la Señorita F... médium escribiente; y dictó el siguiente pasaje:

«Vivir es sufrir; sí, ¿pero no sigue la esperanza al sufrimiento? ¿No ha puesto Dios en el corazón de los más desgraciados la mayor dosis de esperanza? Niño, el pesar y la decepción siguen su nacimiento; pero ante él marcha la esperanza que le dice: Adelante, al fin está la dicha; Dios es clemente.

Por qué, dicen los espíritus fuertes, por qué venir á enseñarnos una nueva religión, cuando Cristo ha sentado las bases de una caridad tan grandiosa, de una dicha tan cierta? No tenemos intención de cambiar lo que el gran reformador enseñó. Nós; sólo venimos á fortalecer vuestra conciencia, y aumentar vuestras esperanzas. Cuanto más civilizado es el mundo, tanto más confianza debe tener, y más también debemos sostenerle. No pretendemos cambiar la faz del mundo, venimos sólo en su auxilio para volverle mejor; y si en este siglo no se viniese á auxiliar al hombre, sería demasiado desdichado por falta de confianza y de esperanza. Sí, hombre sábio que lées en los otros, que procuras conocer lo que poco te importa, y apartas léjos de tí lo que te concierne, abre los ojos, y no desesperes; no digas: La nada puede ser posible, cuando en tu corazón, deberías sentir lo contrario. Ven y siéntate en esta mesa y espera; te instruirás sobre tu porvenir y serás dichoso.

Aquí hay pan para todo el mundo: desarrollará al Espíritu; nutrirá al cuerpo; calmará los sufrimientos; hará florecer las esperanzas, y embellecerá la verdad para hacerla llevadera.»—(STAEL.)

Observación.—El Espíritu se refiere á la mesa donde están sentados los Médiums.

Preguntadme, que responderé.

1. No estando prevenidos de vuestra visita, no tenemos nada preparado.—Sé muy bien que no puedo responder á preguntas particulares; pero se pueden preguntar cosas generales, hasta á una mujer que ha tenido algún talento y ahora mucho corazón!

Observación.—En este momento, una Señora que asistía á la sesión pareció desfallecer; pero no era más que una especie de éxtasis que léjos de ser penoso, ántes bien le era agradable. Se le ofreció magnetizarla; entonces el Espíritu de M. de Staél dijo espontáneamente: «Nós, dejadla tranquila; es preciso dejar obrar la influencia.» Despues, dirigiéndose á la Señora: «Tened confianza, un corazón vela junto á vos; quiere hablaros; vendrá un día... no precipitemos las emociones.»

El Espíritu que se comunicaba á esa Señora, y que era el de su hermana, escribe entonces espontáneamente: «Volveré.»

Dirigiéndose de nuevo M. Staél á esa Señora, escribe:

«Una palabra de consuelo á un corazón afligido. ¡Por qué esas lágrimas de mujer á hermana? el volver á lo pasado cuando todos vuestros pensamientos deberían dirigirse hacia el provenir? Vuestro corazón sufre, y vuestra alma necesita desahogarse. Pues bien, ¡que sean esas lágrimas un alivio y no producidas por los pesares! Aquella que os ama, y á quien llorais es dichosa! Esperad un día á uniros con ella. Vos no la veis; pero para ella no hay separación, porque constantemente puede estar á vuestro lado.»

2. ¿Quisiérais deciros lo que pensais actualmente de vuestros escritos?—Una sola palabra os ilustrará. Si volviese á ese mundo y pudiera volver á empezar, cambiaría las dos terceras parte, y conservaría lo otro.

3. ¿Podriáis señalar lo que desaprobais?—No exigir demasiado; porque lo que no está conforme, lo cambiarán otros escritores; fué demasiado hombre para una mujer.

4. ¿Cuál era la causa primera del carácter viril que habeis manifestado en vida?—Esto depende de la fase de la existencia en que se está.

(En la siguiente sesión, 12 de octubre, se le dirigieron las siguientes preguntas por mediación de M. D... médium escribiente.)

5. El otro día, vinisteis espontáneamente á nosotros, y os comunicasteis por medio de la Señorita E.... ¿Tendriáis la bondad de deciros qué motivo os indujo á favorecernos con vuestra presencia sin que os hubiéramos llamado?—La simpatía que tengo por todos vosotros; y al propio tiempo el cumplimiento de un deber que me está impuesto en mi existencia actual, ó mejor en mi existencia pasajera, puesto que debo revivir, segun destino de todos los Espíritus.

6. ¿Os es más grato venir espontáneamente ó ser evocada?—Prefiero ser evocada, porque es una prueba de que pensais en mí; pero sabeis también que le es grato al Espíritu libre conversar con el Espíritu del hombre; por eso no debeis estrañar el que haya venido de repente entre vosotros.

7. ¿Hay másventaja en evocar á los Espíritus que en esperar á que vengan?—Evocando se tiene un objeto, dejándole venir, se corre riesgo de tener comunicaciones imperfectas bajo muchos aspectos, porque lo mismo vienen los malos que los buenos.

8. ¿Os habeis comunicado ya en otros círculos?—Sí, me han hecho aparecer más de lo que yo deseara, es decir, que á menudo han tomado mi nombre.

9. ¿Tendrías la bondad de venir alguna vez entre nosotros para dictarnos algunos de vuestros bellos pensamientos, que seríamos dichosos de reproducir para instrucción general?—Con mucho gusto; voy con agrado entre los que trabajan seriamente en instruirse; mi venida del otro dia es de una prueba de ello.

A. K.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

BASES DE LA FÉ Y DE LA ESPERANZA.

(Barcelona 25 de Mayo de 1871.)

Mucha virtud se necesita para resistir á las tentaciones con que, á cada momento, solicita al hombre el mundo del error y de la injusticia, el mundo de Satanás, como en lenguaje teológico suele decirse. Pero el deber del hombre consiste en resistir á todo trance; y, mientras más grandes sean las solicitudes del mal, mayores y más perseverantes deben ser los esfuerzos de la virtud por rechazarlas y vencerlas. En esto, como en todo, mucha y grande es la parte que toma la fe del Espíritu y la esperanza del alma en la suprema voluntad y justicia del Eterno.

No basta querer; es preciso querer en la íntima convicción de que se quiere lo que está conforme con las leyes inmutables y universales del celeste Padre. El principio de la fe es la voluntad; pero su continuación, por decirlo así, y su terminación es la inteligencia. La voluntad razonada, la voluntad ilustrada por la ciencia del bien, es el fundamento inquebrantable de la fe verdadera. El hombre que quiere, sabiendo que quiere lo justo y lo verdadero, no desiste nunca, y los obstáculos, en vez de desanimarle, le dan nuevo ardor y mayor energía. Por esta razón los mártires de todas las religiones han sido inflexibles, y no han cojado ni ante la hoguera, ni ante la calumnia, hoguera de la conciencia recta.

Pero ¿poseían la verdad esos mártires? Sí; la verdad relativa, la verdad que correspondía á su época, á su país y á su estado de cultura moral é intelectual. Para ellos aquellas verdades que sustentaban, eran la última orden del Eterno, y la cumplían como deben cumplirse todas las suyas, sin dudar un instante, sin cesar nunca. Dios tiene derecho á ser obedecido siempre, puesto que siempre quiere lo más justo, lo más bueno y lo más conveniente. Esto lo saben todos los mártires, y ante la hoguera, levantan los ojos al Eterno, y se dejan reducir á cenizas, ántes que desobedecer á las órdenes que voluntariamente se prestaron á cumplir. Mueren por la verdad, y mueren contentos. Tomad ejemplo.

Tambien la esperanza tiene su fundamento en la razon; tambien ella parte directamente de la inteligencia. La esperanza es la creencia en el cumplimiento y realización de lo que se desea. Pero ¿creéis que todo lo que el hombre desea puede ser cumplido y realizado? Tanto valdría decir que los hombres no ceden nunca á las solicitudes del mal.

Debe desearse, y debe desearse mucho y constantemente, pues éste es el origen del progreso, ley eterna de todas las criaturas y de todos los mundos. Mas ha de desearse lo que no sea contrario á la verdad y á la justicia; ha de desearse lo que sea conforme

con la naturaleza del hombre y digno de la aprobacion y concesion del celeste Padre. Y el estudio, el desenvolvimiento de la razon, el cultivo de la inteligencia, es lo único que puede rectificar los deseos, armonizándolos con la naturaleza del hombre y haciéndolos dignos de la aprobacion divina. ¿Quereis que todas vuestras esperanzas sean realizadas? Ponedlas, pues, en el acrecentamiento de la verdad y de la justicia; del bien y de la virtud.

Quered bien, es decir, en armonía con las eternas leyes que presiden á la creacion, y tendreis la fe inquebrantable de los mártires. Desead tambien con arreglo á semejantes leyes, y vuestras esperanzas no decaerán nunca. Y armados de esta fe y de esta esperanza, no cedereis nunca á las solicitudes del mundo de Satanás, y lo vencereis siempre.

ALLAN KARDEC.

DEFINICION Y UTILIDAD DE LA ORACION.

(M. el Sr. G. R.)

P.—*¿Qué es la oracion?*

R.—La oracion es el acto por el cual el Espíritu reconoce el poderio y la voluntad de Dios, y se recomienda—así puede decirse á causa de vuestra ofuscada inteligencia—á su memoria.

P.—*¿No podria desarrollarse más ampliamente esa definicion?*

R.—Muchas definiciones se han dado de la oracion; pero la más completa es ésta: Es la manifestacion de la fe, de la esperanza y de la caridad. De la fe, en cuanto expresa vuestra certeza acerca de la existencia de Dios, que os mueve á implorarle. De la esperanza, en cuanto afirma la fe que poneis en su bondad, y de la caridad, en cuanto demostrais que amais á aquel porque quien orais.

P.—*Siendo Dios la suprema justicia, no es inútil que oremos por nosotros mismos, debiéndonos limitar á llamarle gracias?*

R.—Este aserto puede parecer lógico hasta cierto punto, y lo es realmente en todo lo que concierne á la vida material; pero el caso es diferente, cuando se trata de la vida moral del Espíritu. Ya sabéis que éste prograsa únicamente en gracia de sus esfuerzos por practicar el bien, y semejantes esfuerzos sólo pueden ser efecto de su voluntad de perfeccionarse. Recordad que Cristo dijo á los hombres: «Llamad, y se os abrirá.»

VERDAD.

OBJETO Y FORMA DE LA ORACION.

(M. el Sr. G. R.)

P.—*¿Qué debe pedirse á Dios en la oracion?*

R.—Imposible es establecer una regla fija. Si los males, cuyo alivio solicitais son consecuencia de pruebas ó expiaciones por vosotros mismos elegidas, Dios no las mudará, limitándose á proporcionaros, por medio de sus Espíritus buenos, la fuerza y el valor necesarios para resistirlas. Si tu hijo se halla enfermo y moribundo, es que la hora de su muerte está escrita en el libro de su inmortal existencia, y tus oraciones no lograrán retardarla ni siquiera un segundo; pero el Señor te asistirá en tus angustias, y los protectores invisibles te inspirarán resignacion.

P.—*Por qué son oidas muchas veces las oraciones?*

R.—Hay tantas razones, que es imposible enumerarlas; pero las principales son la fe y la sinceridad del deseo.

P.—*¿Cuáles son las condiciones requeridas para que sea oída la oración?*

R.—Estas tres: rezar de corazón y no sólo con los labios; hacedlo con recogimiento y no con ostentación, y pedir cosas útiles para el verdadero bien propio ó ageno y posibles á la justicia eterna.

AGUSTIN.

(De *Annali dello Spiritismo in Italia*).

EL PROGRESO DE LOS MUNDOS.

(Conclusion.)

Ahora bien, filósofos: si los seres desaparecen por la falta de aquellos que los produjeron y alimentaron y si todos los tipos y todos los seres son parásitos de la tierra, ¿no podremos decir que, después de un tiempo venidero, aunque los siglos de ese tiempo sean indeterminables, la tierra sólo poseerá una sustancia, ó por lo menos elementos en oposición á la vida orgánica como nosotros la apreciamos? Seguramente.

Verdad que los seres orgánicos están en relación directa con las propiedades del suelo, como prueba brillantemente Mr. Tremaux en su *Origine et transformations de l'homme et des autres êtres*, que la potencia creadora de la naturaleza es indeterminada e infinita; pero también lo es que los suelos están cambiando constantemente de propiedades, y existiendo ese paralelismo de las faunas y floras con aquellos, el día de su equilibrio, sólo vivirán los tipos de seres orgánicos que le sean peculiares.

Este es mi parecer respecto al destino de los seres de la tierra; en cuanto al de ésta, como planeta, escuchad la opinión de otra ciencia más autorizada que yo.»

No me engañé. La Historia Natural opina cómo nosotros y las demás ciencias que emitieron su opinión. Anotemos, pues, y oigamos á la Astronomía.

«A merced del tiempo y del espacio, los mundos recorren sus períodos como seres de la creación. Sujetos á leyes generales cumplen sus revoluciones por las órbitas que el dedo de Dios les traza, y la vida que en ellos se desarrolla corresponde á los elementos peculiares de los mismos.

Probar esta evidencia es demás, pues sólo basta su enunciación para apreciar su realidad. No obstante, cumpliré vuestro deseo brevemente.

Newton y Kepler diéronme la gran base sobre que voy á apoyar mi argumento. Por ese principio, por esa universal e inalterable ley, modificada la sustancia originaria del cosmos, se desprende y gira en el espacio con referencia á su grado de densidad, envolviendo en sí lo asimilable en su época de germinación astral. Primera faz de los globos en el espacio.

Desde este instante, principia la individualidad del astro, semilla arrojada en la inmensidad del infinito! Desde este instante, principia á contarse su desarrollo á merced de las modificaciones de sus sustancias propias y de las que le participa el elemento en que comienza á vivir.

Los mundos, pues, en el espacio, aparecen y desaparecen. Este fenómeno no puede ser efecto de las propiedades inalterables, luego bien podremos exclamar con C. Flammarion en su «Pluralidad de mundos,» *«Las perpétuas transformaciones de la creación se efectúan incesantemente, nacen, viven y mueren mundos; se encienden y se extinguén soles, crecen y marchan humanidades hacia sus diversos destinos. La obra de Dios se cumple; y nosotros? nosotros somos arrastrados como los demás, n el abismo eterno sin saber nada!»*

La Geología os describe el nacimiento de los mundos, al enseñaros la formación de la tierra. Análoga á los demás, todos pasan por ese estado. Yo, á mi vez, voy á deciros lo que ella no alcanza, ó no ha dicho todavía.

Los astros expuse al principio, y esto, todos lo sabeis, cumplen la revolución por las órbitas ó camino que la vida estelar recorre.

La acción potencial de la fuerza centrípeta decrece en razón inversa del tiempo que el astro cuenta de existencia fundándose en el principio de Kelper y la eternización de los astros, causas sobre las cuales se explican las revoluciones de los cometas y la fluida naturaleza de los mismos.

Los astros, arrastrados constantemente hacia el foco de atracción neutralizan esta fuerza en los períodos álgidos de su desarrollo y cesan gradualmente en los de su decrepitud, hasta llegar á ser absorbidos por el astro sostenedor de la fuerza centrífuga. Ved aquí, pues, cómo nacen, crecen y terminan las individualidades de los seres estelares.»

Anotemos, lo que nos ha dicho la Astronomía. Anotemos y convengamos, fundándonos en los conocimientos físico-químicos, físico-naturales y astronómicos, en que los mundos nacen, se desarrollan y terminan.

¡Oh! no, los mundos no son eternos. No hay nada eterno sino Dios y sus leyes. Creer que la tierra, el sol y millares de millones de astros que flotan en el espacio han de existir siempre como individuos, es un desvarío hijo de la soberbia, es un desvarío de la humanidad descreída, que el consuelo del vacío que experimenta, lo cree hallar proclamando la inmortalidad de los cuerpos que la constituyen.

La vida existe, la vida existirá siempre; pero, ¿qué es la vida? Decidme, sábios: ¿es esa vida circunscrita que vosotros apreciáis en las múltiples formas de la materia de vuestro mundo? ;Qué error! La vida existirá eternamente, sí, porque es una ley de Dios, como lo es la gravitación. La vida de vuestro globo es un accidente de la vida universal, como la del caballo lo es de la de vuestro individuo! Cuando dicen Ozolbe y Rouiniassler: «Los elementos jamás sufrirán alteración ni quedarán anonadados.» «La materia es eterna y sólo cambia de forma» hubieran estado en la verdad si se hubiesen referido á la sustancia cósmica. No hubieran hecho incurrir á Büchner en el mismo delirio, cuando sentó en su *Fuerza y Materia*, definiendo lo que se entiende por la muerte individual de los seres, «la metamorfosis de las mismas materias primitivas cuya masa y calidad son siempre invariables.» Y no se nos diga después para disculpar ese lujo de soberbia y ese alarde de ciencia mal entendida y estudiada, que hablaron en sentido genérico, que aludian á la sustancia elemental irradiante del Gran cósmos; pues bien expone, llamando en ayuda de su arrogante tesis estas palabras de Fechner: «pero en tanto que nosotros cambiamos, la tierra permanece inmutable y se desarrolla incesantemente; es un ser inmortal y los astros lo son como ella.»

¡Qué lógica! ¡Se desarrolla! Y sér que se desarrolla ¡es inmortal!

«Absurde ininteligible des professeurs de matérialisme» dijo el Doctor Chauvet ántes de las líneas siguientes: «La matière n'est pas éternelle parce qu'elle est limité par le temps; elle n'est pas infinie parce qu'elle est continue dans l'espace; elle n'est pas une, parce qu'elle se compose de parties essentiellement divisibles; elle n'est pas immuable parce qu'elle se transforme sans cesse.»

Creed, pues, conmigo; creed, porque la ciencia y la razón nos lo enseñan, que ese inmenso número de astros que el estómago intelectual de esos hombres no digieren, todos son el equilibrio universal de la sustancia cósmica. Fuente que brota de la mano del Creador, fuente inagotable como de origen infinito.

Permitidme decir algo sobre la nivelación de la esencia espiritual.

«Estais en la inmortalidad: venís envueltos en los pliegues del misterioso manto del pasado.»

«Veo á la creación como una sombra gigantesca sembrada de pequeñísimos puntos que parecen de más densidad. ¡Cuántas son las mutaciones de esa sombra!»

Esa sombra está envuelta por el infinito y lo infinito por Dios.»

Partamos de aquí para volver al origen.

A la composición de las sustancias inorgánicas y la presencia del fluido vital, nacen los organismos del reino vegetal: si á esta misteriosa combinación se agrega el espíritu ó el principio inteligente, surge el reino animal.

Así se enlazan los seres en la inmensa cadena de la *vida* y la presencia de cada agente dà una nueva faz á las manifestaciones de ésta: pero la relación que existe en este enlace es en razon inversa de los elementos concurrentes.

Por ello es fácil apreciar el desarrollo y progreso incesante tanto de la materia como del espíritu; por eso tambien el predominio de uno de estos polos decrece la acción del otro sobre el sér.

Echando una ojeada sobre el reino animal, vése el principio inteligente desde los seres más rudimentarios hasta los de organismo más completo, ejerciendo su acción relativa; y miéntres en aquéllos sólo se les reconocen las más simples manifestaciones del instinto, en éstos funciona la relación con fuerza potencial de su desarrollo.

Millares de años há de la aparición del germen orgánico animal en la tierra, y en comparación este número con el que representa la aparición de la especie humana en la misma, parece que fué ayer tarde. No obstante, existe un espacio de tiempo bastante largo para hacer un estudio serio y detallado, con el cual se puede establecer una escala ascendente del progreso de la ciencia espiritual y convencernos del «*Natura non facit saltus*» de Lineo, ó del «*non retroit natura*» de Tremaux.

Yo no puedo detenerme eniros designando científicamente ese progreso en los seres del reino animal, porque no cumple á mi propósito descender á tanto detalle; pero reconocido por la ciencia, fácil os será recorrer ese camino zoológico no sólo por el eslabonamiento de las clases, órdenes, géneros y especies, sino por las mismas variedades tambien. Verificado este estudio, vendréis á apreciar el principio anterior expuesto, de estar en razon inversa en su concurrencia el espíritu y la materia. Durante él, encontrareis las diferencias de estructura con relación á sus cualidades instintivas ó inteligentes; y al final, estudiareis al hombre, diferiendo notablemente de los demás seres en la escala animal; débil con relación á la materia, fuerte con relación al espíritu.

Y en efecto, la fuerza *asimilatrix* del principio vital es menos activa que en cualquiera de los demás seres de su reino, pues miéntres hay tipos en los que la pérdida de uno de sus miembros ó aparatos es accidental, porque con el tiempo esa fuerza de asimilación se los sustituye ó por lo menos evita la desaparición del sér, el hombre no recupera los miembros perdidos ni resiste con frecuencia la mutilación de los mismos.

El hombre en el catálogo patológico de las afecciones, registra estados trascendentales los más, que seres anteriores á él en la escala animal no los sufren.

Es tan evidente esta debilidad orgánica ó delicada estructura del hombre con relación á los demás seres, que dentro de la misma especie y de las diversas razas que la componen, se nota la diferencia pecular de los organismos.

Ved los tratados de Antropología, y quedareis convencidos de esta verdad.

Encontrareis que la naturaleza del Hotentote y Patagon, el Nubio, el Colombiano, el Japonés, el Tártaro, el Turco europeo, el Groelandés, el Lapon, etc., no son iguales.

Vereis una degeneración orgánica además dentro de las mismas razas en razon inversa del predominio de la inteligencia, y de un modo tan notable, que se hace sensible de generación en generación.

Visitad vuestros museos, y en ellos encontrareis armaduras, lanzas y otros objetos que hoy ni vosotros ni vuestros caballos podríais soportar sin fatiga, cuando pocos años há eran movidas bizarramente y con la misma desenvoltura con que ahora llevais una levita y un bastón. ¿Qué más? ¿Vuestra longevidad no se va acortando? ¿No observais con frecuencia cómo pasan prematuramente de una á otra vida humanos seres, cuya naturaleza no puede llevar más allá el desarrollo espiritual?

Antiguamente se sufrían más enfermedades originarias de la exuberancia material que de afecciones morales. Apénas se conocía la tisis, cuando era general la lepra, y hoy ya

lo veis: los tísicos abundan y los leprosos son muy raros. El sistema nervioso ménos sensible entonces á la accion interna, generaría ménos dolencias que el sanguíneo y el bilioso. El cuadro patológico de aquél ha aumentado extraordinariamente no sólo con enfermedades peculiares, sino que ha venido á apoyar, á sostener las originarias de otros sistemas. ¡Oh! sí, es indudable. La naturaleza humana potencialmente degenera á medida que la inteligencia se desarrolla.

Para convencerse de ello, no hay más que observar esa inversa paralela del decadimiento orgánico y el progreso intelectual.

Nunca han estado las ciencias más enriquecidas que en la actualidad. Nunca las artes han producido efectos y obras más conformes con el adelanto de las primeras, ni han hecho manifestaciones más grandes del saber humano. Ellas son las huellas que el adelanto deja en los países. Nunca las costumbres estuvieron más en armonía con la moral, aunque mucho os queda que mejorar, y nunca, en fin, estuvo la razon ménos subyugada por el fanatismo y la superstición.

La historia os detalla los escalones por donde el Génio del progreso humano ha ido ascendiendo, hasta llegar á la altura en que hoy se mece.

Partiendo de los jardines de Semíramis, entre el Eufrates y el Tigris, y pasando por encima de las pirámides de los Faraones, para salvar la *muralla* china y recorrer Baltzora, Baddad, Tiro, Jerusalem, Atenas, Roma y la Alhambra, llegaremos para apreciar el adelanto progresivo á los países de Lutero, Newton, Lineo, Danton y Washignton.

Perdonad si soy pertinaz en querer probar cómo el espíritu va predominando la materia. Sólo añadiré la deducción lógica de este progreso.

Si la tierra que fué flúídica en un principio y corporizada después, apareció en el espacio, como pudiera aparecer una isla en medio del Océano, árida, silenciosa y triste; y si la misma con ayuda del tiempo produjo vegetales y luego animales, hasta aparecer el hombre:

¿Podríamos deducir á priori que esta tierra se había mineralizado primero, vegetalizado después, y luego animalizado hasta constituir humanidades?

Vista esta progresión por la acción directa de principios dados, y observando que los hombres progresaban sí, más con detrimento del desarrollo material:

¿Podríamos deducir también que esa tierra se espiritualizaba? ¿Qué marchaba tras un progreso incesante? Seguramente.

Pues todo lo que prograza, en pos va de su fin por indefinido que sea el término.

Y así como probaros intenté, que lo que del cosmos parte, al cosmos vuelve, deseo sentir y arraigar en la conciencia de mis hermanos, que lo que Dios destella á Dios se refleja.

El espíritu humano prograza, como prograza todo en la creación; el espíritu humano se purifica y en su eterización se eleva y se difunde en el espacio, para llegar á Dios que es origen de todo lo existente; y así como el calor y los flúidos purifican la materia, el gran agente purificador del espíritu es el amor, fuerza atractiva que le impulsa á su perfección, como el imán arrastra al acero.

¿Qué es inteligencia?

Vuestros diccionarios de la lengua entre otras acepciones admite esta: «*Sustancia puramente espiritual*,» esto es, *espíritu* ó *esencia* inteligente.

La inteligencia humana, es probado que se desarrolla en razón directa del debilitamiento de la potencia orgánica; si se desarrolla, corre á su término; si marcha á su fin, ¿cuál es él?

El progreso de la inteligencia, del espíritu ó esencia inteligente, consiste en el aumento potencial de sabiduría, la conducta armónica del ser con relación á aquél; esto es, cada ser lo mismo que cada colectividad estará más adelantada cuanto más conformes estén sus actos con su saber; su teoría con su práctica.

La teoría la rige directamente la razón, y á la práctica el sentimiento.

De aquí, pues, que cuanto más uniformes sean los actos emanados de la razón y el sen-

timiento, mayor será el adelanto de un Espíritu. El constante equilibrio de ambas fuerzas sustentan la justicia en el adelanto espiritual, son dos voces ingénitas ó sinónimas. Progresar sobre esas dos mágicas paralelas, justicia y amor, es caminar por los grandes é infinitos atributos de la omnipotencia arrastrados á su seno.

Amor fué el origen de la creacion y amor es alimento de *ella*, amor tiene que ser el fin; no lo dudeis hermanos mios. «Que el espíritu que ha llegado á *adquirir su perfección definitiva* lo consiguió por la atraccion que Dios esparció sobre él.» Así, pues, la fruicion es inagotable: dada ésta, queda probada la nivelacion de la esencia espiritual.

MISCELÁNEA.

El Espiritismo en Valencia.—Hemos recibido una atenta circular de nuestros hermanos en creencia de aquella hermosa ciudad, donde la doctrina Espiritista cuenta con numerosos y fervientes adeptos. Despues de anunciarlos la nueva organizacion del Espiritismo, allí ideada, para dar mayor impulso á la propaganda y hacer más fructíferos los estudios prácticos, nos dicen lo siguiente:

«Reciente nuestra fundacion, no tenemos aún elementos bastantes para fundar y sostener un periódico que, por semanas ó por quinceanas, contribuyese á difundir la doctrina Espiritista, y donde tambien pudiéramos defendernos de los ataques incesantes de que, en todas partes, venimos siendo objeto todos los que con buena fé y elevadas miras, nos hemos afiliado con respeto y entusiasmo á la idea salvadora que la Providencia se ha servido presentar en los densos y nublados horizontes de la humanidad; pero, así que tengamos los medios que la naciente asociacion se promete obtener, empezaremos la publicacion de una revista en la forma más conveniente á los fines indicados.

Miéntras tanto, un periódico diario de esta capital nos ha brindado generosamente sus columnas, y muy pronto vino la ocasion de utilizarlas.

Una proposicion presentada en el seno del Istituto-Médico-Valenciano concebida así: «¿Puede la Medicina explicar satisfactoriamente los fenómenos del Espiritismo?»—fué puesta al debate. —Abierta discusion sobre el tema, ocupó la atencion de la Asamblea durante dos sesiones, concluyendo por negar la realidad del fenómeno, declarando en estado de *alucinacion*, ó séase en un grado de enagacion mental á todos los buenos creyentes, y de farsantes y prestidigitadores á los que no pudiera otorgárseles la bondad de miras.

Varios periódicos de la Plaza publicaron los detalles del debate y el resultado que la Asamblea unánimemente acordó.

Inmediatamente, y en distintos diarios, se publicaron diversos comunicados citando á la discusion en la prensa á los impugnadores del Espiritismo. Aceptóse por D. Joaquin Serrano y Cañete, autor de la proposicion; pero limitándose á sostener la polémica dentro del terreno puramente médico, ó séase fisiológico y patológico. Contestóse admitiendo la discusion en el encierro ventajoso, en que se figuró el proponente se había colocado; y acordado por todos los centros la persona que debía defender el Espiritismo, con el auxilio de todos, quedó abierta la polémica, habiéndose yá publicado el remitido en que se anuncia esta resolucion, y el primero de la serie de artículos, en que se propone nuestro abogado desarrollar la defensa que le hemos confiado.

Comprendiendo el gran interés que tendrán para todos los adeptos los detalles y resultado que obtenga esta, por tantos títulos, interesantísima polémica, y debiendo además, por nuestra parte, correspondiendo al sentimiento fraternal que debe unir á todos los espiritistas de España, participar á los centros yá establecidos, la instalacion de los nuestros, aprovechamos, anticipándonos algun tanto, el favorable é interesante motivo que sin

solicitarlo nos ha obligado á salir á la superficie de esta Sociedad que, por incrédula en su inmensa mayoría, ha fijado toda su atencion en este debate, no sólo por su objeto, sino por sostenerse en contra del autorizado Centro científico que magistralmente nos ha arrojado el guante.»

Felicitamos cordialmente á nuestros hermanos de Valencia por su resolucion, tan enérgica como comedida, y desde luego nos atrevemos á augurarles beneficiosos resultados. A la purificadora luz de la discusion ha nacido el Espiritismo; á la luz purificadora de la discusion se ha propagado con rapidez asombrosa, y del mismo modo llegará á posesionarse, en un plazo más ó menos largo, de la conciencia universal, tocando así á sus fines providenciales.

Por otra parte, en esta polémica no podrá menos de quedar evidenciada la trascendencia del Espiritismo en punto á reforma moral del individuo, pues sin vacilar aseguramos que, por parte de nuestros hermanos, la discusion será siempre noble, comedida, caritativa, sin que por ello pierda un ápice de virilidad la argumentacion. En este terreno, yá llevan la ventaja los espirítistas valencianos, quienes han cumplido al pie de la letra este precepto del *Maestro*: «Si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele tambien la otra.»

En efecto, calificar de locos ó de farsantes á personas que están on su cabal juicio, y para quienes la práctica constante y desinteresada de la virtud es la suprema regla de vida, equivale á herirles en la mejilla. Con otras creencias que no fuesen las espirítistas, nuestros hermanos de Valencia habrían quizá acudido á la violencia para dilucidar la cuestion. Ahora han echado mano del arma noble de la discusion; la han presentado la otra mejilla al Sr. Castro y Cañete, para que en público les hiera de nuevo y con más energía, si cabe, y el Sr. Castro lo hará; porque, sépanlo nuestros amigos de Valencia, el campeon del Instituto médico no se confesará nunca vencido; pero acabará por enfandarse, y entonces, en vez de argumentos, empleará otras armas. Al tiempo ponemos por testigo, y quiera Dios que nos deje mentir, pues nos duelen estas cosas hasta en nuestros más encarnizados enemigos, que al fin y al cabo son hermanos nuestros como los más sinceros amigos.

Por si nuestros lectores quieren seguir paso á paso esta interesante polémica, les hacemos saber que el periodo donde se publicarán los artículos á ella referentes es *Las Germanias*, cuya administracion está en la calle de Valldigna, n.º 16, adonde podrán dirigirse los pedidos.

No queremos terminar este asunto, sin enviar á nuestros hermanos de Valencia la más cordial enhorabuena, deseándoles la más buena asistencia espiritual que sea posible, y ofreciéndoles nuestra inutilidad por si desean emplearla.

Ligereza en los juicios.—Dice un periódico de Tortosa que ha aparecido en el partido de La Cava, uno que se titula Pastor protestante, y segun las exageraciones del vulgo, tiene el poder sobrenatural de curar toda clase de dolencias. Sus predicaciones contra la religion católica alarman aquel pacifico país que con el mayor asombro vé cómo todos los dias van llegando verdaderas caravanas de tullidos, ciegos y leprosos, en busca de su curacion que creen alcanzar mediante algunas misteriosas recitaciones y bendiciones, que con el mayor cinismo lleva á cabo el yá célebre embaucador. Como nos consta que éste recibe las mayores consideraciones del alcalde pedáneo de aquel partido, se hace preciso que la autoridad tome las debidas precauciones al objeto de evitar que la parte más cándida de la sociedad continúe viéndose explotada por este nuevo industrial.

Ignoramos los grados de certeza que puede tener la anterior noticia; ignoramos las intenciones del pastor protestante á que en ella se alude; pero, sin ser protestantes, ni tener empeño en que prevalezca tal ó cual confesion religiosa, no podemos menos de quejarnos de la dureza del periódico tortosino. ¿Duda acaso de que puedan tener lugar esas

curaciones instantáneas, que tanto le sublevan? Pues estudie la historia de todos los tiempos y de todas las religiones, y en todas ellas encontrará numerosos ejemplares de tales acontecimientos. Y aún hoy mismo los hallará con más frecuencia de la que muchos imaginan, observando desapasionadamente.

¡Crée nuestro colega de Tortosa que todo es farsa en el pastor protestante de La Cava! Podría ser; pero cuando tantos acuden á él, en busca del remedio que en otro lado no han encontrado, señal es de que alguno ha conseguido aliviar sus males por semejante medio. El pueblo, por muy cándido que sea, tiene ojos para ver, y vé esas cosas que son de pura observación material.

¡Por qué se subleva el periódico de Tortosa? ¡Por qué rechaza el supernaturalismo? También nosotros lo rechazamos; pero sepa, si lo ignora, que esas curaciones nada tienen de sobrenaturales; están sometidas á tan claras leyes como los efectos eléctricos, y de ello puede persuadirse cualquiera, estudiando la ley de los fluidos, que tan importante parte toman en muchísimos fenómenos naturales que la ignorancia califica hoy de milagros, como sucedía, hace algún tiempo, con otros que hoy explica satisfactoriamente la física. Lo que hace falta es estudio, no prohibiciones y violencias. En el caso á que alude el periódico de Tortosa, procede una información desapasionada. Si el pastor es un farsante, castíguese su falta, que lo es el abusar de la ignorancia para explotarla. Si, por el contrario, cura en efecto, dejésele curar, y estíndiese el fenómeno para poner coto á la superstición, y procurar la difusión de esa facultad que tantos y tan grandes servicios puede prestarnos.

* * *

Fenómeno notable.—Dice un periódico de esta ciudad:

«En Viena causa admiración una niña italiana, Teresa Gambardella, cuya cara y cuerpo están por completo cubiertos de una espesa cabellera. La frente y todas las faeciones de la criatura son más bien de un mono que de un ser humano. La lengua es lo mismo que la de dichos mamíferos. Los sábios alemanes se ocupan, en sus periódicos científicos, de tan curioso y rarísimo fenómeno.»

Recomendamos al estudio de los grupos espiritistas el anterior fenómeno, que se relaciona por más de un concepto con el Espiritismo. Suplicamos que, acerca de él, se soliciten explicaciones á los Espíritus protectores, y que se nos remitan para insertarlas, en caso de considerarlas dignas de ver la luz pública. Asimismo agradeceremos que se nos indique cualquiera hipótesis que sobre el particular se imagine. Para la resolución de estos problemas nos parece muy competente el Espiritismo, doctrina que no es exclusivamente moral, como pudieran imaginar algunos. Estudiemos, y procuremos demostrar la verdad de que á donde no llegan las ciencias vulgares, llega en muchas ocasiones la espiritista. No basta decir, que el ser de que se trata es una monstruosidad de la naturaleza, es preciso conocer la ley que á ella ha presidido.

* * *

El Semanario Católico.—Con este título se publica un periódico en Alicante, dirigido por un ministro del Señor, que no se da punto de reposo en combatir el Espiritismo. Como supondrán desde luego nuestros lectores—dada la táctica del clero romano—los fenómenos espiritistas no son falsos en concepto del *Semanario Católico*; son reales en muchas ocasiones, demuestran materialmente la inmortalidad del alma; han conseguido convertir á la creencia en Dios á muchos alicantinos, que ántes de conocer la nueva doctrina, eran ateos furiosos; pero, á pesar de todas estas, que son no pequeñas ventajas, el Espiritismo es uno de los ardides que Dios tolera al diablo, para que se complazca en perdiéndonos, y no se distingue del materialismo. ¿Comprenden nuestros suscriptores estas antítesis inexplicables? De nosotros sabemos decir que, ni aún acudiendo á las identidades

hegelianas, podemos comprenderlas. Esto nos priva del placer de discutir con nuestro ilustrado colega católico romano, alicantino. Cuando él nos explique razonablemente cómo una doctrina que demuestra materialmente la inmortalidad del alma, es materialista; cómo una filosofía que hace creer en Dios, es fruto de las maquinaciones de Satanás, que de Dios desea apartarnos; cuando esto haga, si puede hacerlo, el *Semanario Católico*, entonces contestaremos á sus cargos que, pena nos dá el decirlo, revelan una profunda ignorancia de lo mismo que pretende discutir concienzudamente.

El *Semanario* tiene cosas muy peregrinas. Juzguen sino nuestros lectores, sabiendo que los sacerdotes á él suscritos pueden pagar su suscripción, enviando recibos de haber dicho misas á la intención del director del indicado periódico. ¿Puede darse nada más original que esta moneda de nuevo cuño? Vamos que se necesita toda la paciencia espiritista para tolerar insultos de gentes, que así comercian con lo mismo que ellos califican de respetable y sacroso. Nosotros sin embargo, oímos con calma, y áun los perdonamos, los insultos del *Semanario Católico*; porque sabemos que, haciéndolo así, elaboramos nuestra suerte futura más acertadamente, que pagando misas y oraciones para el eterno *descanso de nuestra alma* después de la muerte del cuerpo.

Filosofía y religión.—Con este título hemos recibido un folleto de D. Julio Soler, autor de cuyas obras hemos hablado otras veces. El objeto de la presente es vulgarizar las nociones modernas, y más científicas que las antiguas, sobre Dios, el alma y las penas y recompensas futuras. Dada la ilustración de los lectores á quienes se dirige el Sr. Soler, poco vuelo era necesario que diese á sus investigaciones, y así lo ha hecho, en efecto. Como quiera que sea, D. Julio Soler, esforzándose por divulgar los conocimientos que posée, y por mejorar la condición del proletariado, es digno de aplausos, y nosotros con placer se los tributamos, deseando con vehemencia que halle imitadores su noble conducta.

Dos nuevas publicaciones.—Hemos sido visitados por nuestros apreciables colegas *La Verdad*, notable enciclopedia popular que se publica en Madrid, y *La Reforma*, revista protestante que reanuda sus interrumpidas tareas. A ambas las saludamos fraternalmente, deseándoles buena fortuna y largos años de existencia periodística.

AVISOS INTERESANTES.

El Sr. D. Carlos Alou, del comercio de libros de esta ciudad, se ha encargado de la expedición de los libros espiritistas. Los pedidos podrán dirigirse á dicho Señor, calle de Sto. Domingo del Call, núm. 13, Barcelona.

Las sociedades espiritistas que están en relación con la de Barcelona, continuarán dirigiendo su correspondencia á la calle de la Palma de San Justo, núm. 9, tienda.